

Prólogo

En la frontera, en la transición, hasta en el mismo cambio físico de fase, todo es indefinición y duda. ¿Se ha acabado el día o empieza la noche? ¿Es el agua, que empieza a hervir borboteando, líquido o gas? Algo parecido sucede en la mitad de la vida. En ese cada vez más dilatado tránsito entre la juventud y la senectud, cuando el cuerpo se empieza a hacer notar, pero aún no atenaza. Cuando la muerte empieza a asomar alrededor, visitando a seres queridos o conocidos, al tiempo que la pulsión vital aún se siente con fuerza. Ese momento de la madurez, cuando se comienza a hacer balance, al tiempo que los proyectos existenciales continúan su marcha. Este es el preciso momento en el que se encuentra Clara, la protagonista de 'La Herencia'.

El lector descubrirá en las páginas de esta obra a una mujer en ese instante de la existencia en que ya no puede evadirse, con la inconsciencia de una adolescente, de las incertidumbres, dudas y preguntas que la vida pone por delante. Y que tampoco puede sobrellevarlas desde la perspectiva, con un algo de escepticismo, de una anciana que ha dejado ya atrás un largo camino recorrido. 'La Herencia' nos muestra a Clara enfrentada con ella misma, con su periplo vital pasado, que parece impedirle vivir el presente y, al tiempo, proyectarse al futuro. Y en ese presente, precisamente,

ponen el contrapunto y vienen en cierto modo a ayudarlo, su padre: un anciano en sus últimos días, que vive una especie de prórroga vital que, a través de sus ojos, adquiere tintes de cierto realismo mágico. La música y el escaso contacto con el mundo exterior, que vislumbra desde su cuarto por una ventana, son también música y ventana por las que escapa Clara. En el polo opuesto se encuentra su hija adolescente, llena de respuestas sencillas, irreflexivas, tan instantáneas como certeras y despreocupadas, ante las preguntas de Clara. Y así, en medio de estos dos personajes, que viven momentos equidistantes con respecto a la protagonista, vamos transitando con ella a lo largo de la acción teatral. Avanzamos ese camino de torpes y balbuceantes respuestas, de idas, venidas y dudas que es la vida. La vida inteligente, claro, como es la de Clara.

'La Herencia' es una obra que se lee de un tirón, que mantiene el interés de principio a fin porque, precisamente, en todos nosotros hay algo de Clara. Todos arrastramos una herencia, real o imaginaria, sobrevinida o provocada por nuestros actos. Con ella nos encontramos, y tratamos de recibirla y superarla con mayor o menor acierto. Por eso la visión de Clara, y las dificultades que atraviesa, son en parte las nuestras.

Pero, probablemente, lo que definitivamente nos engancha y aumenta nuestro grado de empatía con la protagonista es su condición femenina. Las superiores expectativas que, ante cualquier

herencia (sea o no como la de Clara), depositamos en las mujeres impregnan la obra de forma implícita y tensa. Nos damos cuenta, además, de que Clara lo sabe, y ese es en buena parte el origen de su conflicto interior, ante el que ella intenta rebelarse. El contraste, por veces brutal, entre su actitud ante la enfermedad de su padre y la que se supone que una hija debe tener, que es la de su hermana, viene a recordárnoslo. Es el contraste entre la sumisión vital, moralmente refrendada y aceptada en el inconsciente colectivo, y la rebeldía.

'La Herencia' aporta una necesaria visión de género a estos problemas, que aparecen en nuestra sociedad muchas veces silenciados o, lo que es peor, bajo la apariencia de una falsa superación. 'La Herencia' nos enfrenta y ayuda a reflexionar sobre el espinoso asunto de la libertad femenina, y nos ayuda a reflexionar sobre ella de forma sutil, pero cruda, a través de su trama.

Andrés Díaz Pazos

Profesor de Música y Doctor en Física.